



Buenos Aires, mayo de 2018

Circular Nº 581

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Gerardo Zanotti.

“Pero estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio; y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó sobre su cabeza. Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume?”

(Marcos 14: 3-4)

Hemos aprendido que cada vez que Dios nos llama es porque tiene algo para darnos y decirnos. Es necesario e importante, casi imprescindible diría, que cada vez que escuchamos un texto, que estamos delante de una palabra, podamos, por un lado, situarla en el momento en que fue pronunciada; es decir, qué cosa estaba sucediendo en ese lugar y tiempo. Y por otro lado, poder hacer una vinculación inmediata con nuestro tiempo, con nuestro lugar y con lo que nos está pasando. Porque si no, corremos el riesgo de no ejercitarnos en poder vincular la palabra con nuestra vida. Como si la palabra que escuchamos del altar y lo que podemos leer en las Sagradas Escrituras fuera algo que les pasó a otros y en otro lugar, pero que a nosotros no nos pasó ni nos va a pasar. Pero los corazones de los hombres son los mismos, las cosas que nos pasan son las mismas, de forma tal que los sentimientos que se despertaron en aquella instancia, son los mismos que se despiertan o que se pueden despertar en cada uno de nuestros corazones en este momento. El amado Dios siempre es el mismo, y el diablo también: actúa siempre de la misma manera. Como corona de la creación, como aquellos que han sido ennoblecidos por el don del Espíritu Santo y por la libertad que Dios nos dio a cada uno, siempre tenemos la posibilidad de elegir y de tomar decisiones. Que, seguramente, nos llevan a un lugar o a otro.

Este pasaje también lo podemos encontrar en Juan 12: 1. Allí Juan le pone nombre a las personas que aparecen relatadas aquí. En nuestro texto dice:

“Pero estando él en Betania, en casa de Simón el leproso [había sido leproso], y sentado a la mesa...”: está hablando de Jesús.

Esto está aconteciendo en la casa de Simón, pero los que estaban presentes en esa mesa, entre otros, eran: Lázaro, que había sido resucitado por Jesús y todavía seguía viviendo; Marta, que como era su costumbre siempre estaba trabajando; y María, que siempre estaba buscando al Señor para alabarlo, venerarlo y amarlo.

“...vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio”. Si buscamos acerca del perfume de nardo, encontraremos que es una planta que nace en el Himalaya y, con el debido proceso, genera un perfume muy aromático. Tanto en aquel tiempo como en este, se trata de algo muy caro. Hay una referencia que dice que costaba algo así como el salario de todo un año.

Dice luego:

“... y quebrando el vaso de alabastro”: era un recipiente sin asas, sin manijas.



“... se lo derramó sobre su cabeza. Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume?”

Esto pasaba después de que Jesús había resucitado a Lázaro y fue antes de la Pascua.

Si hipotéticamente hubiéramos estado sentados a esa mesa, si yo hubiera estado allí, ¿quién de aquellos personajes habría sido?

En Juan menciona que aquel que dijo “¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume?”, era Judas Iscariote, el que después iba a traicionar a Jesús. Entonces allí tenemos a todos los personajes; y también estamos todos nosotros.

María tomó la decisión en su corazón de entregarle lo mejor que podía conseguir a Jesús. Hubo otros que pensaron, quizás con un criterio más material, mucho más racional y desprendido de cualquier afecto, algo que probablemente fuera verdad. Con los 300 denarios que costaba ese perfume podrían haber abastecido a otras personas o darle a ese dinero otro fin.

El Apóstol Mayor titula los pensamientos para hoy diciendo: “Para Cristo, lo más valioso”. Entonces no se trata de que vengamos a nuestro Señor Jesucristo con un perfume de nardos del Himalaya o con alguna cosa cara, sino de que podamos venir a su encuentro a amar, a venerar, a agradecer y a servir a Dios, a nuestro Señor Jesucristo. Venimos a Él y a su Obra con lo mejor, con lo más valioso que tenemos.

Una de las preguntas es: ¿a qué estamos dispuestos a renunciar? Otra es: ¿Qué cosa nos hace tremendamente felices? Especialmente en la Obra de Dios. Porque el camino hacia nuestro Señor Jesucristo es de doble vía. A veces parece de una sola mano, porque siempre estamos pidiéndole cosas. El Señor una vez dijo: “todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará” (Juan 16:23). Me preguntaba entonces cuántas veces uno en la oración habla con el Padre. Pero no siempre le pedimos las cosas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien, en el nombre de Jesús no significa presentar una tarjeta. Significa en el sentir de Jesús. En la vida y forma de ser de Jesús. Y por supuesto que siempre necesitamos, pero el amado Dios también quiere ver qué estamos dispuestos a dar y a qué cosas estamos dispuestos a renunciar.

Cuál es la forma en que nos dirigimos y qué es lo que le damos al amado Dios. Esto tiene que ver con el agradecimiento. Y para poder agradecer tenemos que tener esa “memoria del corazón”, recordar que tenemos cosas para agradecer. Que no nos olvidemos rápidamente de aquello que tenemos para agradecerle. No siempre es lo que nos salió bien o que nos haya ido bien. A veces es la paz que sentimos cuando tuvimos que atravesar una tribulación, una circunstancia. Pero es necesario que tengamos un corazón sensible para poder ver de qué manera Dios se dedica a nosotros. Porque somos de su propiedad; Él dijo: Yo te conozco, “te puse nombre, mío eres tú” (Is 43:1). Por su voluntad se estableció un vínculo entrañable con nuestro Padre. Pero, como decíamos al principio, también nos dio la libertad y podemos decidir qué tipo de relación o vínculo tenemos con Dios.

Decíamos: Para Cristo lo más valioso. Pero lo que es caro y lo que es valioso no es lo mismo. No es lo mismo valor que precio. Un economista una vez lo explicó diciendo que un diamante tiene un altísimo precio, pero no es valioso. En cambio, el agua tiene un bajo precio pero es muy valiosa, porque sin agua no se puede vivir.

Entonces, para Cristo lo más valioso, independientemente del precio que tenga. Porque el precio es lo que estamos dispuestos a pagar y el valor es lo que recibimos por ese precio. Cuando Jesús se sacrificó por el hombre, en el cumplimiento del plan de redención, abrió las puertas para nuestro propio sacrificio. Porque es necesario que en ese darle a nuestro Señor Jesucristo lo más valioso, seamos capaces de renunciar, de sacrificarnos.



Entonces, tenemos que hablar del tiempo que le dedicamos a Dios y de la forma en que se lo dedicamos. Estas cosas pasan en la intimidad de nuestro corazón; pasaban antes y pasan ahora. Cuando vemos todas las cosas que tenemos que hacer en nuestra vida muchas veces decimos: no tengo tiempo. No nos alcanza el tiempo. Entonces elijo borrar algunas cosas del programa de actividades y tareas para privilegiar algunas. En este ejercicio, a veces lo que borramos es venir a la iglesia, porque no me da el tiempo. Pero también hemos aprendido del Apóstol Mayor que Dios bendice lo que queda: lo que queda después de que le dimos a Dios lo que es de Dios. Imaginemos un papel de 10 por 10 centímetros, que lo divido en diez partes iguales. Entonces el primer papelito se lo doy a Dios; me quedan nueve. Pero resulta que necesito diez, o doce, o trece; no me alcanza. A veces me desespero y le pido a Dios que me devuelva eso que le di, para tener otra vez diez papelitos. Pero ahí hay algo que no hice: es darle lo primero a Dios. Entonces Dios no puede bendecir lo que queda, porque no hay nada que quede, porque no le he dado nada a Dios. Así es con el tiempo. Por eso tenemos que echar siempre una mirada sobre nuestra venida a la casa del Padre. No es un trámite más. Es algo que hay que preparar antes. Se trata de darle lo más valioso a nuestro Señor Jesucristo. Porque cuando tenemos un conflicto con el hermano, con la hermana, con el Pastor, con el Diácono, el conflicto lo tenemos con Dios. Y cuando se trata del diezmo, de aquello que Dios permite que administremos, es lo mismo.

Cuando comencé a concurrir a la Iglesia, un siervo me visitó en casa y me preguntó si yo ofrendaba. Yo le dije que no y me preguntó por qué. Le dije: porque no creo y porque no puedo; así eran nuestras conversaciones. Entonces me explicó por qué tenía que creer, me habló de la bendición vinculada a la ofrenda, me habló de Malaquías. Me dijo: cuando disponés de lo que tenés, lo primero es para Dios. Y después vas a ver que al final te alcanza. Pero claro; hay puntos ciegos. Porque cuando uno lo primero que pone es para Dios, después puede ser que no alcance. Pero Dios bendice lo que queda. ¿Cómo? Haciendo que lo que quede sea más barato, o que lo nos queda por pagar no sea, o que haya un mayor ingreso. Es su problema ese; mi problema es darle lo más valioso a nuestro Señor Jesucristo. Y no se trata primero de las cuestiones materiales sino del sentir del corazón. Porque a esta mujer, María, en algún momento se le ocurrió conseguir ese perfume y luego ungir a Jesús con él. En algún momento lo pensó, después fue y lo hizo. Porque las cosas que hacemos tienen un momento anterior que es cuando las generamos en nuestra cabeza y en nuestro corazón.

Aquí se habla de agradecimiento. Cada uno de nosotros nos tenemos que preguntar si tenemos o no para agradecer al amado Dios. A veces me pregunto y le pregunto a Dios por qué me ama tanto. Porque en situaciones críticas, situaciones límite de la vida, está ahí. En palabra, en la presencia de un siervo, en la compañía, en la certeza que hay en el corazón de que nunca nos deja solos. Y no siempre son necesarias las cosas que suceden sino también las que no suceden. Pero a veces nos olvidamos de agradecerle.

Esa actitud de María tenía que ver con un estado de su alma. Y la veneración, la alabanza a Dios, no está vinculada al éxito que podamos tener, que “si me va bien alabo el nombre de Jesús” y “si no me va bien entonces no lo alabo”. Porque dice en la Escritura que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien (Ro 8:28). Veneramos el nombre de nuestro Señor Jesucristo por esencia, por naturaleza, porque Él es nuestro Dios y no porque lo atamos a un resultado.

También es necesario que podamos entregarnos a Dios en un amor entrañable. Y que ese amor y el agradecimiento se puedan traducir en obras. A veces podríamos llegar a decirle: “¿a este prójimo tengo que amar?”. Pero Jesús puso la vara alta; dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23:34). No estaban entendiendo lo que hacían. Y creo que muchas veces el problema que tenemos es que no entendemos. Porque la comunión tiene que ver con sentir y con entender qué es lo que está pasando. A veces los discípulos de Jesús tampoco comprendían lo que estaba pasando. Si Jesús nos da de su alimento, a



través de la manifestación del Espíritu Santo, entonces no vamos a necesitar nunca más nada. El tema está en si entendemos el plan de redención, lo que Dios está haciendo con nosotros, todos los días.

Preguntémonos qué nos hace extremadamente felices, qué trabajo en la casa de Dios nos hace felices; andá y hacelo. Porque el agradecimiento a Dios se traduce en servicio, en obras, en mi propio corazón y en el corazón del otro. Queremos entender a través de su palabra, cuál es su plan de redención.

Pero a veces el diablo nos habla en “lengua apostólica”, en esas cosas que vienen a nuestra mente. Siempre quiere sembrar la duda. Entonces a veces la tentación, nuestras ausencias, nuestras faltas de agradecimiento, de alabanza, de veneración y de servicio a Dios, tienen que ver con eso. A veces cuando tenemos una diferencia con alguien, nos vamos. Y no está bien. Porque cuando tenemos un conflicto con un hermano o hermana, lo tenemos con Dios. Hay cosas que son centrales. Es necesario que seamos capaces de reconciliarnos. Pues de otra forma es, volviendo al ejemplo de hoy, como si tomáramos ese papelito que primero le dimos a Dios y redistribuyamos todo de nuevo según nos convenga.

Para Cristo lo más valioso: para Él es también nuestro servicio. Entonces cuando Dios nos llama, vamos. Que el amado Dios nos llame, es una honra, un privilegio. No le ponemos “peros”. Porque no es más grande el siervo que su Señor.

¿Y podemos entender nosotros que ahora por la manifestación del Espíritu Santo se cumple la palabra de Jesús, que dice: “tomará de lo mío, y os lo hará saber”? ¿Entendemos entonces que cuando recibimos la palabra es la que despierta el Espíritu Santo y que tiene la capacidad de colmar nuestro corazón? Porque solo Dios sabe lo que nos falta. Y si sabemos que tenemos ese gran Dios, a Cristo y al Espíritu Santo, a ese don que ha sido colocado en cada uno de nosotros, ¿cómo no le vamos a dar lo mejor? ¿Cómo nos vamos a olvidar de lo que Dios hizo con nosotros y por nosotros?

Es necesario renunciar a algo. A veces es necesario renunciar al deseo que tenemos de no reconciliarnos. No se puede estar en todos lados al mismo tiempo y tampoco se puede tener todo. Pero el amado Dios pide que hagamos lo que podemos. Y quizás decimos “no puedo” mucho antes de llegar a ese límite de no poder. Dios conoce ese límite. Y espera que podamos hacer entonces, lo que podamos. El cien por ciento de lo que podamos. Que no es el cien por ciento de todo. Cada uno de nosotros tenemos que saber entonces cuánto podemos. Para Cristo, lo más valioso. Esas decisiones las tomamos en el interior, donde nadie nos ve. Dios nos ve.

* * *